EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVIII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 10879

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—**Estranjero.**—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIÉRCOLES 9 DE FEBRERO DE 1898

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

CAMILO PÉREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Material completo para minas, obras públicas, agricultura y construcción.

Instalaciones de máquinas de extracción y desagües. Especialidad en **cables** y **cuerdas** de abacá, acero y hierro.

Vías, rails, wagonetas, picos, martillos, azadas, legones, palas, barrenas, etc.

Bombas, fraguas, poleas, mandriles y toda clase de maquinaria

INTERESANTE

Ha regresado á esta el afamado y conocido especialista en las enfermedades de la boca,

DR. OVIDIO CIGNI COMASTRI,

que ofrece sus servicios á su numerosa clientela y al público en general.

Calle Honda, 11, principal.

Consulta permanente y á domicilio.

PARA AHORA

Comentando un suelto de «La Opinión» de La Union, se ocupa anteanoche «El Mediterráneo» de un suceso ocurrido recientemente en la línea del tranvia, que no tuvo fatales consecuencias gracias á la serenidad y arrojo del maquinista D. Eduardo Sevilla, que con gran exposición de su existencia evitó el peligro.

Y pregunta el colega: «¿Para cuándo son las cruces de Beneficencia?»

Deben ser para ahora.

Hace mucho tiempo que el maquinista de referencia vió la muerte muy próxima, y lejos de huir el peligro lo desafió con aquella serenidad y arrojo de los héroes que tienen en menos la propia conveniencia que la vida de sus semejantes.

Subía un tren de viajeros la cuesta de La Esperanza, cuando de improviso apareció sobre la vía, viniendo de La Unión, un largo convoy cargado de mineral. El mercancías dió contravapor, apretó los frenos, hizo cuanto fué posible para dominar la marcha y detenerse, pero lo excesivo de la carga, combinado con la pendiente de la cuesta, lo arrastraba rápidamente hacia el tren de viajeros.

Ante la inminencia de la catástrofe, el maquinista de este último tren apreció las consecuencias y aceptando el papel de víctima y rechazando el de cobarde, se afirmó en su puesto, maniobró con rapidez y comenzó desde aquel momento una lucha desesperada de velocidades entre el tren de viajeros que volaba desenfrenado al punto de origen y el de mercancías que iba acortando la distancia amenazando deshacerlo y deshacerse.

Las personas que presenciaron aquella escena quedaban mudas de espanto; y al saber más tarde que el tren de viajeros había evitado el choque, ensalzaron al valiente maquinista, á quien habían visto pasar como una visión, rigiendo su tren y defendiéndolo de la inminente acometida.

«El Mediterráneo» se ocupa también de este suceso acaecido hace cerca de veinte años, y se lamenta de que no fuese recompensado en la medida que merecía el maquinista.

Sensible es, muy sensible; en aquella ocasión se ganó D. Eduardo Sevilla la cruz de Beneficencia; pero el tiempo pasó dejando lugar á sucesos distintos; las frases de encomio se apagaron; si alguien pretendió pedir lo dejó para otro día y pasado el momento oportuno, nadie volvió á acordarse del proceder del maquinista que en un momento de generosidad sublime libró de la muerte numerosos pasageros.

Ahora se ha repetido el caso y no tendría perdón la repetición de olvido tan lamentable. Si así ocurriera, habría razón para preguntar:

¿Para cuando es la cruz conque se premia á los héroes?

Indudablemente es para ahora.

TIJERETAZOS

«El Nacional» se lamenta porque la prensa en general acoge en silencio sus campañas pesimistas respecto á la guerra de Cuba y todo lo que relación tiene con la *romeria* andante que es lo único que encuentra bueno «El Nacional».

Y se lamenta sin razón

¿Quién tiene la culpa de que grite en el vacio?

¿O es que quiere el colega que en su beneficio se destruyan las leyes físicas para que en el vacío se produzcan ecos?

***

Lo que debe preocupar á «El Nacional» es otra cosa. La indiferencia con que el país lo oye á él y á su patrono.

Y el asombro con que los mira.

Asombro y más que asombro causa presenciar ciertos desplantes, sobre todo aquellos que tienen por objeto lanzar sobre costillas agenas las propias culpas.

El procedimiento es antiguo y está en desuso.

Y aunque quiera resucitarlo «El Nacional» no lo consienta el país.

Tres años de guerra y una serie no ininterrumpida de sacrificios que aún no han terminado, le han abierto mucho los ojos.

GLORIAS NACIONALES

Hazaña del capitán Monte.

9 Febrero de 1579.

En una de las muchas romerías que el capitán D. Juan Francisco del Monte, gobernador de Lovaina, efectuó por el Maestrich, Flandes, tuvo la suerte de tropezar, impensadamente y de improviso, con 700 ginetes rebeldes, fuerza muy superior á la que él llevaba, puesto que solo era seguido por 50 corazas y 25 carabineros, dando el repentino y desagradable encuentro ocasión para que aquel puñado de valientes realizaran una tan grande como increible proeza.

Marchando por un empinado camino que conducía á una enorme meseta, los carabineros, que iban de exploradores, descubrieron acampadas á poca distancia de ellos á las mencionadas tropas rebeldes.

Avisado el capitán Monte de la presencia del enemigo, mandó hacer alto, y tras breve consulta con dos oficiales que le acompañaban, dividió á los coraceros en cinco grupos de á diez y los repartió con grandes intérvalos; les dió la consigna de aparecer todos á un mismo tiempo en la cumbre para simular las cabezas de otros tantos escuadrones. En efecto, á los toques de clarin, que se dieron en tres puntos diferentes, arremetieron con tal coraje sobre el enemigo, que creyéndose atacado por fuerzas más numerosas, trató de huir. Cargaron las nuestros con mayor ardimiento, intentando los contrarios una menguada resistencia; pero al fin fueron prisioneros, cogiendo además á los rebeldes tres estandartes. Estos trofeos los presentaron aquellos bravos al insigne capitán Alejandro de Farnesio, quién elogió y premió su bizarro comportamiento.

César.

(Prohibida la reproducción).

EL HIJO DEL HUESO

CUENTO ORIGINAL

En el jardín de el manicomio de X donde pasean los locos pacíficos, presencié escenas tristísimas. Recuerdo un desgraciado, que montado en la rama desgajada de un árbol, luciendo vistosas condecoraciones, calado un gorro mal hecho de papel y atado en la cintura un sable de madera con un cordel de esparto, se consideraba el más bizarro general y relataba conquistas de países desconocidos, hechos de armas y heroicidades sin cuento que le valieron legalmente, (no al uso de hoy) los entorchados y cruces que orgullosamente ostenta. Otro se creía astrónomo y *en pleno día* se dedicaba á la contemplación de las estrellas, sus únicas amigas, con quienes sostenía comunicación por procedimientos que solo su extraviado cerebro conocía, etc. etc.

Los furiosos no salen de su celda. En este caso se encontraba el Doctor Enriquez, hombre joven, rayano en los treinta, de buena estatura, porte de innata elegancia que resaltaba más con la dejadez de su atavio; el pelo rubio y graciosamente revuelto, las facciones perfectas y la mirada viva y recelosa como si temiera que le arrebatásemos el objeto, envuelto en guata á guisa de abrigo, que estrechaba delirante entre sus brazos gritando: ¡Es mio! ¡Es mi padre! ¡Marcharos! al mismo tiempo que adoptaba una actitud de lucha capáz de poner á raya la más atrevida curiosidad.

Pasados estos paroxismos, era digna de ver la exquisita solicitud y ternura, conque prodigaba caricias, mimos y cuidados á *aquello* que el creía su padre.

Este pobre loco, me dijo el médico del establecimiento que me acompañaba, es una víctima de la ciencia, cuya historia, por demás extraña, vais á conocer enseguida.

Al comenzar el año 96, habitaban un modesto cuarto de la calle de Valverde, D. Luis Enriquez, famoso médico militar y su padre D. Carlos. Apesar del estrecho vínculo que les unía, sus caracteres eran enteramente opuestos.

El padre, dueño de banca «Enriquez», había llevado una vida tan borrascosa, que en poco tiempo perdió fortuna y salud; aunque representaba muchos más, contaba cincuenta y dos años, lo cual no impedía que sus aficiones de los pasados tiempos y sobre todo el juego, brotasen en su recuerdo como un deseo imperioso, irresistible, que hubiera satisfecho derrochando los escuálidos restos de su fortuna, si el ejemplo, los consejos y la vigilancia de su hijo, á quien tenía tanto respeto como cariño, no reforzasen su voluntad, achicada é inepta por sí sola para detener el ímpetu de sus pasiones.

—¿De aprensiones?

—Así lo creo.

—¿Luego dudas en la posibilidad de la guerra de Cataluña?

—No dudo, pero la veo muy distante.

—¿Si?

—Si, señor.

—Ese es un error. ¿No has oido mi orden?

—¿Y qué? V. M. para reunir un ejército en Cataluña necesita tiempo. El rey de Francia, á pesar de tener numerosos soldados, necesita tiempo tambien. Por lo tanto me afirmo en mi opinion. Contando con ese tiempo, puede cambiar el aspecto de los negocios; pueden revivir los amortiguados ánimos de los españoles; podemos encontrar dinero, y con él arrancar de la fatal postración en que yacen al comercio, á la industria y la agricultura. Ademas una guerra nacional no es temible, pues aunque todas sean derrotas siempre se triunfa, puesto que el espiritu de independencia del pais concluye por vencer á los mismos vencedores; una guerra es conveniente muchas veces, pues con ella suele desarrollarse un germen de fecundidad. Ya debe conocer V. M. que no hay motivos para que se aflija.

—Pero tampoco hay motivos para que me alegre...

—En eso estamos conformes.

Semejantes las palabras de Eguía á los rayos del sol cuando vivifica á la mustia planta abatida por el frio, así cayeron sobre el rey para volverle la animación que había perdido á causa de los temores pasados.

—¡Ah! murmuró Carlos respirando con fuerza, despues de un rato.

—¿Qué es eso? Veo que V. M. se anima.

—Estoy mas tranquilo, Eguía; tus palabras me han dejado respirar.

—Me alegro, señor. Eso indica que sabeis sobreponeros á las pinturas tristes.

—Es que mi espiritu sucumbe, no de inercia, sino de dolor.

—¿Pero ya felizmente han pasado los temores de Vuestra Majestad?

—Los temores no pasan, porque existe la causa que los produce. La guerra es inminente.

—¡Oh! no lo dudo, pero será ventajosa.

—¿Lo creeis así?

—Me figuro que lo he dicho á V. M. anteriormente

—Siempre esa opinion será un consuelo, pero no una prueba.

—Las pruebas no se pueden dar en un asunto que

—Todo no está encerrado en esto. Yo no propongo á V. M. una diversión material.

—¿Pues de qué modo?

—Una diversión que halague al alma, que ensanche al corazón, que destruya las preocupaciones que le dominan.

—¡Ah! te comprendo.

—¿Me entiende V. M.?

—Si; pero eso es... imposible.

—Señor esa palabra no existe para un rey.

—Pero existe para mi conciencia.

El consejero se mordió los labios; con toda la astucia de su infernal estrategia había separado á Carlos de los temores que le infundiera la conversación que acababa de tener con el duque, y lo principiaba á engolfar en el abismo de sus imaginaciones.

La pobre víctima se defendia torpemente de aquel sagaz enemigo.

El diálogo continuó, pues el rey sentia un vago deseo en su corazón que lo impulsaba á marchar adelante.

—V. M., dijo Eguía, no conoce lo que le conviene. Dios me guarde de marcarle una senda en contra de sus deberes, pero Dios me libre tambien de ser uno de esos mudos cortesanos que se plegan á